

La ciudad y sus fronteras: postales de la violencia

Florencia Saintout*
Laura Ferrandi y Matías
Mochen**

En los últimos años ha aparecido la ciudad como objeto de estudio desde la comunicación: su modo de ser; las formas de habitarla, de recorrerla y ser recorrido por ella; la vida urbana; los nuevas maneras de estar juntos.

En este artículo nos proponemos retomar la problemática a partir de un constructo: la ciudad y sus fronteras como forma de violencia material y simbólica. Partimos de la idea de que la ciudad está hecha y se hace cada vez más en la existencia de fronteras que nos hablan de la violencia hacia el otro. Y si pensamos en la utopía -utopía como no lugar en el aquí y ahora, pero que es pensable hacia delante, como otro lugar- de unas culturas que sin negar las diferencias contrarresten las múltiples exclusiones del otro, una mirada crítica de la cuestión se hace no sólo pertinente en lo académico sino imprescindible desde un orden profundamente humano.

1- La ciudad y su abordaje

Desde el siglo XIX la pregunta sobre el estatuto de la ciudad, sobre qué es la ciudad, se fue contestando a partir de una definición geográfica espacial, ligándola a un territorio físico con fronteras delimitadas. La ciudad también fue la ciudad fruto de la industrialización, desde un criterio económico

o economicista, según el caso; o lo que se oponía a lo rural; o la ciudad como lenguaje. Desde la literatura se pensó en la ciudad como experiencia, como una nueva subjetividad ligada mayoritariamente a las nuevas estéticas que se creaban con la puesta en escena de las masas: la ciudad hablando del terror, de la cercanía, de la consternación, del embelesamiento del "hombre en la multitud". Pero también como utopía, como un otro orden, como imagen promisoría.

Y se ha hablado más: de ciudades comercio, de ciudades como obras de arte, de ciudades ocultas y aparentes, textuales; de probables ciudades, de ciudades que comunican, de ciudades que existen. De ciudades que hablan: el discurso de la ciudad; y de ciudades habladas: por aquellos que la usan y en usarla la hacen como ellos son hechos por ella.

Posiblemente sea esta la forma de pensar la ciudad: desde múltiples puntos de vista y sentido. Desde múltiples dimensiones: la ciudad como lugar de interrogación semiótica, etnográfica, política, crítica, artística, subjetiva. Y en nuestro caso privilegiando un punto de vista particular y necesariamente versátil, que es más que uno: el de la ciudad y la violencia de sus fronteras. Así optamos por una perspectiva socio-cultural y política que se detuviera en la pregunta por las fronteras que hacen a la ciudad, aquellas que marcan la imposibilidad de hablar de una ciudad como una unidad. Las fronteras que uniendo y separando en un mismo movimiento, nos muestran la heterogeneidad y básicamente la violenta desigualdad dentro del espacio social.

La idea de postal, asumiendo la postal como acto retórico que selecciona, evalúa, clasifica y jerarquiza, es la que marca este artículo en el cual nos adentramos en la experiencia de vivir ciudades, de ser vividos por ellas y de poder tematizarlas y reconstruirlas en esos pasajes. Mirarlas desde adentro, en una relación de cercanía pero no de complicidad.

2- Fronteras

Hay un cuento de Carlos Fuentes, *La Frontera de Cristal* que habla de una historia entre una norteamericana y un mexicano a través de un cristal. Ella llega una mañana, apesadumbrada, a trabajar a una hermosa oficina que está en una torre de vidrio, y ve que del otro lado del cristal está el mexicano limpiándolo. El ha llegado con otros, para hacer ese trabajo y luego volver con algunos dólares a la colonia de Narvartes, con sus indignaciones, sus tristezas, sus dificultades. Y los dos se piensan, se imaginan. Separados por la frontera de cristal que es justamente la que los une pero la que jamás permitirá otro amor.

Así como el cristal, las fronteras en los mapas marcan los límites, pero al mismo tiempo son las que señalan que son dos -o tres, nunca el mismo- los territorios que se encuentran. Que hay encuentro y que por supuesto hay distinción, separación de uno violentando a otro. ⁽¹⁾ Con esta idea de frontera que une y distingue es que nos dispusimos a “patear” la ciudad, a caminarla, a narrarla como objeto de estudio. Así fuimos armando postales, trocitos de ciudad habitada.

Para comenzar el trabajo tomamos como primera referencia un mapa oficial de la ciudad propuesto por la Municipalidad de La Plata. Las postales de las que hablamos tendrían como objetivo constituir un primer paso hacia la construcción de otros mapas de la ciudad que conviviendo con los delineados oficiales, nos hablaran de la ciudad como territorio vivido. Porque como piensa Rodolfo Kusch, ⁽²⁾ el mapa oficial “fue hecho por técnicos, se compra por unos pesos y sólo sirve para ubicar alguna calle desconocida. La ciudad del plano no nos convence porque no es verdadera. Sólo es verdadero lo que queremos u odiamos”.

3- La experiencia de caminar la ciudad

Tal vez sea la pobreza la frontera más visible y menos dicha que hace que una ciudad sea tantas.

En líneas muy generales, al hablar de pobreza⁽³⁾ hablamos de la desigualdad de acceso a los bienes materiales y simbólicos que circulan dentro del espacio social, que alumbran a su vez diferenciaciones en las prácticas sociales. Entendemos también que esta desigualdad implica siempre una dimensión violenta.

Tómese en cuenta que no hablamos de exclusión o marginación solamente, que de entrada nos señalaría una línea divisoria que homogeneiza todo “del otro lado”, ni de pobreza en términos de carencias materiales exclusivamente. Lo que tratamos de tener en cuenta al hablar de pobreza es la desigualdad, sí, pero también la diferencia que va de la mano con esta desigualdad.

Así, partimos de la sospecha de que una de las grandes fronteras que aparece en el espacio urbano es la que emerge dividiendo barrios de abundancia de barrios pobres, aunque ambos compartan una cultura en vías de mediatización: la uniformidad no impide la desigualdad.

Son estas fronteras, entonces, las que se dibujan en nuestras postales.

4- Postales de la ciudad

4.1. El hedor

Aunque algunos digan lo contrario, todas las ciudades tienen centro. Claro que el centro no es sólo ni siempre el centro marcado en el mapa: cuando hablamos del centro hablamos de lo que ocurre en la ciudad, de lo que es más importante en la ciudad, lo que está en el centro de la escena. Para el mapa oficial, el centro en la ciudad de La Plata es el centro comercial: bancos, negocios, vidrieras con buena iluminación, una estética de mercado que todo lo define y que pareciera que todo lo es. Que lo que hoy es, es el mercado. Con mayúscula. Pero al alejarse de ese centro otras cuestiones se “centralizan”, van apareciendo, cuestionando con fuerza que la única condición y respuesta sea el patio de objetos.

Notas

⁽¹⁾ Una idea cercana de frontera propone Jorge González que, para estudiar los procesos históricos de construcción de la hegemonía, trabaja con la categoría teórico-metodológica de Frente Cultural: frontera como frente de batalla, como arena de lucha, y también como lugar de encuentro.

⁽²⁾ Kusch Rodolfo, *De la mala vida porteña*. Zonas APL Editor, Buenos Aires, 1966, pág. 57.

⁽³⁾ Ver: Natalia Iñiguez, *Pobreza*, Informe de Investigación, FPycS, UNLP, 1999.

Aquí nos detenemos en los olores. Podríamos hablar de infinidad de cuestiones, pero nos detenemos en los olores: los olores van cambiando a medida que la ciudad va siendo caminada desde el centro comercial hacia la periferia, pasando por los barrios. El olor al aire acondicionado que en el verano al mediodía sale de los bancos y las oficinas poco a poco va siendo el olor a siesta tranquila, un olor fuerte a tilo y a chicharra. La calle desierta. Las botellas con agua para ahuyentar los mosquitos. Los negocios (kioscos que venden desde juguetes, cigarrillos, hasta alcohol y queso de rayar; verdulerías; ferreterías, zapaterías...) en el centro están abiertos y en los barrios se cierran a la "hora de la siesta", esa hora de descanso de los que trabajan a la mañana y a la tarde, manteniendo aún conquistas laborales de otros años. Olor tranquilo este de los tilos en el verano.

Seguimos caminando hacia los "bordes" del mapa, hacia lo que en el mapa oficial pareciera no ser ciudad. Va cambiando el paisaje: las casitas con jardines van cediendo su lugar a las casillas de madera, de chapa, una al lado de la otra, una pegada a la otra. Ahora todo el mundo está en la calle, pareciera que nadie duerme la siesta. O mejor: que ningún chico ni ningún perro duerme la siesta: el calor insensible a la chapa y a la madera empuja hacia la calle llena de moscardones verdes. Y el olor. Olor al basural sobre el que se levanta la villa, sobre el que juegan los chicos de la villa.

El olor y el hedor, una frontera. El orden y el caos. De un lado, la pulcritud, la buena conciencia, lo que se debe ser. Del otro, el hedor, lo vergonzoso, lo negado, lo podrido. La miseria (lo adverso). El otro saber sobre el que no se sabe nada. El miedo.

4.2. *Los fantasmas. La seguridad*

La seguridad pública pareciera ser en la Argentina del 2000 uno de los temas claves para políticos, para medios de información, para el saludo con el vecino, para la charla de sobre mesa... Los argentinos parecemos vivir aterrados por la llamada violencia calleje-

ra que, según dicen, no da tregua. La ciudad también habla de esto: del miedo.

En nuestro recorrido, otra vez desde el centro marcado como centro en el mapa oficial hacia la también marcada como periferia, mirando las fronteras, se ha ido tejiendo ¿arquitectónicamente? un paisaje sugerente de esta idea: la pobreza, el hedor, son peligrosos. Si en el centro comercial ningún negocio puede soportar la estética de las rejas, a medida que nos vamos alejando de él y acercándonos a los bordes del mapa, cada vez más las casas, y fundamentalmente los negocios de barrio, van llenándose de rejas: rejas que protegen y alejan del mal. Es la estética del temor la que rige: están más cerca los pobres; está más cerca el peligro. Son zonas peligrosas. Además, las rejas son más baratas que los modernos sistemas de vigilancia con que cuentan los bancos, los megamercados y cualquier comercio del centro.

Las casitas de la miseria, por supuesto, cuando tienen ventanas son sin barrotes. Y algo más que nos llama la atención: las casas que no pertenecen a la villa, pero que están casi pegadas a la villa, tampoco tienen rejas. ¿Será que, paradójicamente en un mundo que se piensa transparente, sigue siendo el otro/pobre desconocido, y por lo tanto blanco de sospecha?

4.3. *El espacio público*

Varios son los estudios e inmensa la ensayística que hablan de la desaparición, o al menos de la reducción del espacio público. Se dice que la urbanización desurbaniza, que aceleradamente se va produciendo un desplazamiento de los equipamientos públicos a los equipamientos privados, que los habitantes de la ciudad van encerrándose cada vez más dentro de sus casas, desconectándose de la vida pública. Y esto, se dice, por varios motivos. Por un lado, por el desarrollo como nunca antes de las "culturas electrónicas", que hacen que el mundo esté a domicilio sin necesidad de salir a la calle. Todo parece accesible, "el mundo en sus manos" decía una publicidad o, desde perspectivas críticas, las manos que todo lo

controlan, el panóptico al revés. "En algún sentido asistimos a una realidad inquietante. El mundo como territorio de la experiencia directa parece ceder paso al mundo como contacto a distancia, las relaciones interpersonales cobran nuevas dimensiones. El mundo vivido es, en buena medida, el mundo visible gracias a los artificios de la técnica, se trata ya de un universo que se convierte en objeto de visión y, en el mejor de los casos, en objeto de contemplación. Entre tanto, la esfera de lo público se convierte gradualmente en imagen de lo público o simplemente en relato de lo que acontece afuera y que se integra, sin sobresaltos, como una secuencia más dentro de la esfera de lo privado. Los modernos circuitos de comunicación a distancia implican un nuevo contacto con lo otro y con el otro".⁽⁴⁾ Implican la suspensión de la carne del mundo.

Por otro lado, los analistas sociales, relacionan este repliegue a lo privado como una consecuencia directa de lo que mencionábamos en los párrafos anteriores: lo inseguro; la criminalidad: el miedo. Es la violencia en las calles la que espanta y encierra. Una violencia con muchos signos aunque sin marca partidaria.

Pero al caminar la ciudad, ella sugiere otra mirada. O da datos para comenzar a complejizar la afirmación de que va desapareciendo el espacio público, utilizando aquí una idea no muy ortodoxa de este concepto. Sin bien la ciudad centro tiene vida pública de acuerdo a los horarios del comercio, incluso el de la diversión y la noche -es el mercado el que dirige sus movimientos- en los barrios los habitantes parecen moverse de otra forma. Allí siguen existiendo centros comunitarios, canchas de fútbol, espacios colectivos destinados al encuentro. Y además, y fundamentalmente, sigue existiendo la costumbre de la silla en la puerta, el mate afuera en las tardes de sol y en la búsqueda del fresco en el verano. Es que si bien no se escapa aquí a la lógica del miedo (hay horarios, como los nocturnos, prohibidos para un deambular que no sea rápido y sin rumbo; hay calles que en la

oscuridad se vuelven desiertas) ésta no impide aunque lo modifique, como tampoco impiden las tecnologías electrónicas, el encuentro colectivo.

¿Y qué pasa en los lugares más pobres? Pareciera ser que aquí hablar de lo privado desde las ideas de ciudad es al menos complejo. En primer lugar ¿cómo pensar el espacio privado, la esfera de la privacidad, cuando la disposición de las viviendas -unas pegadísimas a las otras, sin ningún tipo de planificación y fundamentalmente con el mínimo espacio- provoca que la radio prendida en una casa se escuche en todas, que la discusión de unos hermanos sea la discusión de la que, quiera o no, tiene que participar el vecino de al lado y el de más allá? Las casillas demasiado chicas para los demasiados habitantes, el calor atravesando los techos y empujando hacia afuera; las calles llenas de chicos y llenas de perros. Si no hay trabajo no hay siesta; si no hay trabajo tampoco hay temprano y tarde, o al menos el temprano y tarde que dicta el mercado: el encuentro llama a cualquier hora.

Pero además, sugerentemente, la ciudad edificada en chapa y madera desde la pobreza no es "privada", no son sus habitantes los dueños de la tierra que habitan. Estas son casillas que se construyeron sobre terrenos propiedad del Estado y que han sido ocupados desde los ardidés de la clandestinidad, llenándose de marcas bien propias pero siempre amenazadas. Como vemos, en la pobreza el miedo no es al delincuente, al otro/pobre, sino a un Otro que no anda en las calles, y por eso la calle puede ser vivida.

4.4. Los murmullos anónimos

La oralidad aparece entretejiendo las innumerables prácticas de vivir la ciudad. En la pobreza, la identidad cultural no proviene de una cultura letrada, no se constituye a partir del libro, sino más bien de sus canciones, refranes, rumores, cuentos, chistes, imágenes. La persistencia de la oralidad entonces, como dispositivo de enunciación de las clases populares, un modo de narrar y de leer su vida cotidiana.

⁽⁴⁾ Piccini, M., Schmilchuk, G. y Rosas, A., Transversalidades: de las teorías de la recepción a una etnología de la cultura. En: *Recepción artística y consumo cultural*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México (en prensa).

¿No es acaso el rumor una producción discursiva? Accediendo a éste, podemos conocer las problemáticas y necesidades, acercándonos al imaginario colectivo. El rumor como táctica del débil, creando así circuitos de comunicación clandestina y de resistencia. Es efímero, frágil y volátil: nace, se difunde, se modifica y se olvida. Frente a todas las prohibiciones, desinformación y silencios, el rumor callejero irrumpe y traspasa, desafía y transgrede en el mismo juego de su producción, circulación y consumo. Los murmullos sin dueño, que nos hablan de una ciudad que habla también de sus violencias.

5. Una nota final

En el campo de la comunicación estamos acostumbrados a relegar la problemática de la violencia a una cuestión de medios. Llegamos a creer que el tema se reduce a un debate: “los medios son un simple reflejo de la violencia que existe en la calle ‘versus’ la violencia social es producto de la violencia que transmiten los medios”. Es más: las distintas versiones del niño receptor endemoniado frente a los dibujitos violentos nos persigue en toda nuestra formación.

En algunos otros casos, creemos que la violencia es un tópico ajeno a los ámbitos académicos, en todo caso, a problematizar o no desde dimensiones de la voluntad y la conciencia personales.

Sin embargo, se va haciendo cada vez más imprescindible problematizar las distintas formas de la violencia que atormentan la vida urbana, sabiendo que ellas son fruto de los procesos históricos: la violencia del mercado; la violencia sexual; la violencia generacional; la violencia en la educación y en el trabajo; la violencia étnica... Y también, como intentamos en este trabajo, la violencia que emerge de la ciudad y la pobreza. Porque pareciera que es ésta una de las problemáticas que con mayor fuerza aqueja nuestro continente, y también pareciera que es uno de los tópicos más olvidados en la formación de los comunicadores en los últimos años. Tal vez en

retomarlos encontremos claves de una cierta dimensión de lo humano que no debería ser evitada por la academia. Las postales que acercamos sólo nos ilustran instantáneas para pensar que la complejidad es inmensa, pero que justamente ahí puede estar la “ricura” para el hacer, ya sea desde la política o desde la poética.

**Docente e investigadora. Actualmente participa del Proyecto “Cultura mediática y producción de sentidos en prácticas y sujetos en la ciudad de La Plata. Programa de Incentivos. FP y CS. UNLP.*

***Estudiantes de la Licenciatura en Comunicación Social. Participan del mencionado proyecto.*